

CIELO, CIELO

Sus ojos templados contemplaban las gaviotas que se alzaban a lo lejos, sobrevolando quizás la playa de Sacaba. Cualquiera diría que alguna de aquellas aves había enganchado, con hilos invisibles, un ala en sus pupilas, y éstas se movían a merced del vuelo, en círculos, trazando un suave vaivén que recordaba al movimiento de aquellas olas fulgurantes y espumosas que probablemente, en aquella tarde gris e inhóspita de noviembre, reinaban el mar. Pero yo ya no estaba sola. Mi Soledad se había marchado.

Las pupilas aladas dejaron de mirar al cielo para mirarme a mí. Sí, desde luego aquellos ojos habían sido desprovistos de la pasión que antaño los empañaba de vez en cuando, y que otras veces sólo los achinaba vagamente, como disculpándole al cerebro la visión (que es el único sentido que, de ordinario, se puede disculpar) para que se centrara en otras empresas menos confesables.

Desde allí, sin embargo, no se veía el mar. Estábamos sentados dentro del coche, escuchando un cd de música instrumental que, en un alarde de literatura, se me había ocurrido llamar "Sin letras". El escenario me empapó de melancolía. En aquel coche él había achinado los ojos de *aquella* forma más de una vez, hacía muchos años. Ahora, sin embargo, sólo una fría sombra iba cubriendo sus pupilas, incluso el color de los iris parecía un poco más oscuro que antes, a pesar de que, de por sí, eran más negros que una noche sin luna.

-La he matado -dijo, sin ningún tipo de preámbulo. Sus manos temblaban todo lo que sus ojos deberían estar llorando.

Yo casi no escuchaba sus palabras. Estaba más concentrada en sus labios, en su voz rasgada y en que, por fin, había una posibilidad. Seguía enamorada de él como el primer día en que lo vi, pero también sentía el corazón y el alma triturados, por no decir ausentes. Fui yo quien lo dejó. Dejé todo, más bien, por un trabajo asqueroso en un continente asqueroso, extraño y lejano. Él no pudo acompañarme y yo me fui sola a mejorar mi inglés; aunque al pasar el tiempo comprobé que los únicos que había mejorado eran mi egoísmo y mi soledad. Ella (mi Soledad) había evolucionado hasta ocupar toda mi cama, de modo que me acostumbré a dormir en el sofá. Yo ya no quería estar allí, no con ella, no sin él, y cuando volví desesperada y con el arrepentimiento por bandera para intentar empezar de nuevo, él ya se había casado con otra. Nunca se enteró de que había vuelto para buscarle.

Lo más sensato era regresar al extranjero con el rabo entre las piernas. Pero no pude regresar a aquel continente funesto, no sin que la depresión me acompañara. Así que me quedé en Málaga con ella (sí, mi Soledad, que me acompañó sin tener que pagar el billete de avión), y me conformé con vivir intentando que el sofá no me provocara lumbago. Ni siquiera eso me fue concedido: cada mañana me levantaba con la necesidad de rascarme la espalda por dentro, y así de paso recolocar me el corazón. Era uno de mis castigos, lo tenía bien merecido. Así pasaron algunos años que a mí me parecieron muchos, demasiados.

-La he matado -repetió, y esta vez sus ojos parecieron acompañar a sus palabras de algún modo mezquino y así fue como su mirada se detuvo en mi alma, como pidiéndome explicaciones, como si yo tuviera la culpa. Puede que, en fin, sí la tuviera. Puede que él también se quedara destrozado, que se casara para olvidarme y que ahora hubiera matado a su esposa nada más enterarse de que yo había vuelto. Sí, ya tenía bastante claro que eso era lo que había pasado.

Me había costado horrores que durante todos esos años no se enterase de que había vuelto. Al fin y al cabo, nos seguíamos moviendo por los mismos círculos: habíamos estudiado la misma carrera y era difícil ocultar mi presencia en algunos ámbitos. Sin embargo durante esos años lo conseguí, de forma que él seguía viviendo felizmente con su esposa, sin hijos, eso sí, y con un perro precioso (espíar su vida en secreto era mi único alivio), sin sospechar siquiera que mis ojos le acechaban el paso, sin darse cuenta de que yo, Dios mío, nunca había dejado de amarle.

Mi pequeño espionaje de andar por casa fue evolucionando junto con *ella*, y pronto había conseguido reunir los suficientes recursos como para enterarme hasta de las cosas más nimias. Le había interceptado el correo electrónico y me había hecho amiga, presentándome con un nombre falso, de uno de sus compañeros de trabajo. Sabía que llevaba una vida organizada y feliz, que iba a la Iglesia cada domingo, que su matrimonio era muy sano en todos los aspectos y que parecía haberme olvidado. Yo rabiaba de celos por dentro y cada vez me sentía más y más sola, pero *ella* no había conseguido superar al amor que sentía por él, así que nunca tuve la más mínima tentación de hacerme ver ni de intentar nada. Quería que continuara con su plácida vida. Quería, sobre todas las cosas, que fuera feliz.

Pero alguna vez tenía que darse cuenta.

Fue un día soleado, fue la antítesis de aquella tarde en la que confesó el crimen. Yo, por una vez, había bajado la guardia y había salido a comer con una amiga de la infancia. Normalmente no me permitía estar relajada: siempre, al llegar a cualquier sitio, lo primero que hacía era aspirar profundamente para intentar atrapar un atisbo de su perfume. En caso de que algo, lo más estúpido, me hiciese sospechar que él se encontraba cerca de mí, salía huyendo despavorida a encerrarme en cualquier otro lugar, siempre mirando detrás de mí, siempre atenta, como si alguna clase de mafia me persiguiera. La triste ironía era que, a pesar de salir corriendo cada vez que olía ese perfume (entre otros miles de signos sutiles y obsesivos que me hacían suponer que él estaba cerca), en mi casa guardaba un tarro de aquel líquido para mendigar su aroma cada vez que me iba a dormir al sofá.

Mi amiga y yo estábamos engullendo un solomillo, bebiendo vino, suavemente ebrias, cuando apareció ante mis ojos enrojecidos. ¿Cómo no me había dado cuenta? Él estaba saliendo del servicio de caballeros: había estado sentado en una mesa del mismo restaurante todo el tiempo. Almorzaba junto a su mujer, junto a su rubia y perfecta mujer, maquillada hasta la exageración y con un modelito que yo no me podría permitir (ni mi dinero ni mis frugales pechos lo habrían hecho posible). Él vestía vaqueros y una camisa menos elegantes que el atuendo de su esposa, pero estaba guapísimo. Estaba mejor que nunca. Achiné los ojos.

El efecto del vino me impidió reaccionar. Observé a cámara híper-lenta cómo volvía a su mesa, se sentaba en su silla y le hacía un gesto cariñoso a su mujer. Le pasó una mano por la mejilla, acariciándola. Mi mejilla se erizó y, de repente, cuando él estaba llamando al camarero para pedir la cuenta, sus ojos se desviaron un instante y me vieron. Me vieron. Me vieron. Y se quedaron mirándome durante lo que a mí me parecieron eones. Yo no fui capaz de deshacerme de aquella mirada servida por las puertas de mi paraíso particular, así que le dejé los ojos clavados durante demasiados segundos; y entonces él ya se había levantado y estaba a un metro de mí y a diez años luz de mi futuro, con la típica expresión de incertidumbre que se nos queda a todos cuando vemos a un antiguo amante. Qué haces aquí, me dijo, estoy comiendo, le dijo la señorita obvia. Ya veo, ¡qué guapa estás!, tú estás mejor, no sabía que estabas aquí, ¡tenía ganas de verte!, por qué no avisaste, no sé, ven, que te presento a mi mujer, Dios, a ver si algún día quedamos y nos tomamos algo.

Yo no estaba preparada para aquello y más adelante, al recordar aquel momento, siempre me quedaría la inquietante impresión de no haber dicho nada coherente, balbuceos en todo caso. Él también parecía trastornado. De pronto, sus ojos no dejaban de mirarme y su mujer se había hecho invisible.

A partir de ahí todo transcurrió en silencio. De alguna forma, fui capaz de disculparle a mi cerebro la audición para poder retener mejor cada imagen, cada tacto de sus manos. O al menos así lo recuerdo. Sé que su esposa me hablaba, que ni siquiera sospechaba un ápice de lo que se me estaba pasando por la cabeza, que no tuvo la suficiente inteligencia o picardía para advertir que entre su marido y yo estaba ocurriendo algo. Sé que él me cogió el hombro a modo de saludo amistoso, que sus dedos llegaban a tocar en algún momento parte de la piel que no me cubría el jersey, y que no dejaron de hacerlo. Sé que sus ojos bailaban entre mis ojos y mis labios, y que él también estaba viviéndolo todo en silencio.

Puede que los diez años luz sólo fueran entonces seis o siete.

Cuando me quitó la mano del hombro el sonido volvió de repente. Ya nos estábamos despidiendo y me pidió el teléfono para quedar algún día “los tres”. A eso añadió: “o los cuatro...”, refiriéndose a mi hipotética y posible pareja. En su expresión no había cordialidad sino un gran signo de interrogación, aunque yo no pensaba contestarle. No pensaba decirle que estaba sola, que en realidad él siempre había sido el único, al menos no delante de la rubia (no conseguía recordar cómo se llamaba).

Recé por que no sonara el teléfono, no quería sufrir, no quería verlos juntos hablando conmigo como si yo fuera una antigua amiga de la familia. Pero sonó. Me llamó la semana siguiente, una tarde lluviosa de noviembre. Y su voz modulada no sonó todo lo cortés o tímida que yo había imaginado, sino que temblaba como tiemblan algunos ancianos, decía cosas ininteligibles y, en suma, podría haberse semejado más al ruido blanco de la radio que a un sonido humano.

-¿Dónde vives? -logré descifrar cuando dejé de jadear o de llorar o de sufrir profundamente.

-¿Cómo? ¿Váis a venir? -temí.

-¿Quién? Ah, ¿mi esposa? No, no... Yo sólo... Joder, cielo, he hecho algo horrible...

Bien, había dicho dos cosas importantes. La primera: me había llamado cielo. La segunda: algo horrible... ¿qué coño había hecho? Mi voz se anticipó a mi cerebro y comenzó a recitar mi dirección, del mismo modo en que se la hubiera dicho al tipo del banco o al de la tarjeta de fidelidad del súper. Estaba asustada, pero también me sentía como una ingenua adolescente con acné a la que su novio le hubiera llamado cielo por vez primera.

Me sorprendía que, tras todos los años que habíamos pasado sin vernos, hubiera utilizado ese tono para hablar conmigo. Sólo esa frase fue suficiente para hacerme saber que no me había olvidado, que quizás había estado enamorado de su mujer pero que ahora, al verme, toda su vida se había derrumbado. Y venía hacia mi casa. Yo sólo podía desear que lo horrible que había hecho fuera desearme y traicionar a su mujer, sólo podía pensar que se dirigía a mi casa para darme un beso de reencuentro y decirme que me quería por los siglos de los siglos, sólo cabía en mi cabeza que quería divorciarse, no, mejor: que quería la nulidad, y que quería casarse conmigo por la Iglesia y tener cuatro hijos que llevaran sus ojos, mis labios y una mezcla perfecta de nuestras personalidades.

Pero yo pensaba demasiado.

Cuando abrí la puerta y lo vi me olvidé de todo eso y recordé muchas películas.

Su figura levitaba en el umbral de la puerta, yo juraría que casi en blanco y negro, salvo por la camisa de sangre, roja y oscura y reciente. Sus ojos, perdidos, habían olvidado cómo mirar fijamente. Iban de un lado para otro sin dar ningún tipo de tregua a mis propias pupilas, que tuvieron que conformarse con clavarse en las manchas oscuras que vestían su torso.

Reaccioné como jamás pensé que habría reaccionado. Lo cogí de la mano sin preguntarle nada y lo llevé al baño. Le quité la camisa (desde luego había fantaseado con quitársela en otra situación) y la tiré a la papelera. Le di una esponja para que se lavara y busqué desesperadamente alguna camisa de hombre en mi piso de soltera célibe: mi obvio fracaso quedó medianamente arreglado con una camiseta cincuenta por ciento algodón y cincuenta por ciento propaganda. Allí lo tenía: sentado en el borde de mi bañera, con una crisis de ansiedad del tamaño de África y vistiendo una camiseta de fontaneros Pepe. Hasta ese trapo le quedaba bien.

Dejó de mover las pupilas de un lado a otro. Se me quedó mirando como los bebés recién nacidos miran a sus madres, diciendo sin palabras que yo era la única persona del mundo en la que podría confiar siempre y que por eso estaba allí. Sentado en mi bañera. Con una camiseta de fontaneros Pepe.

Sin una camiseta de fontaneros Pepe.

Sentado en mi cama.

Con una pasión del tamaño de África.

Bésame en estos labios que sólo te han besado a ti, muérdeme, hazme tuya con ese anhelo cálido que sólo conocí en tus brazos, acaríciame, cógeme de la mano y ámame con esa facilidad tuya; no pienses en nada más... Bésame en estos labios, dime que me quieres mirándome a estos ojos...

Estábamos tumbados bocarriba cuando lo dijo por primera vez. Yo ya me había olvidado de que “había hecho algo horrible”, o más bien había llegado a la conclusión feliz de que sólo había abandonado a su mujer. Ya no me acordaba de la camisa llena de sangre que se secaba en la papelera del baño. Ni siquiera me daba cuenta de la expresión vacía que reinaba en sus ojos.

Cuando parecía que iba a decirme “te quiero”, dijo:

-La he matado.

Bien podría haberme dado cuenta antes. ¿Qué clase de mujer inconsciente se acuesta con un hombre que llega a su casa empapado en sangre?

Sin embargo en aquel momento no me asusté. En ningún momento se me ocurrió pensar que estaba loco, no imaginé que podía hacer lo mismo conmigo. Mi gran egocentrismo pensó en mi lugar y supuso que sólo había matado a su mujer porque quería estar conmigo. Y no con ella. En parte, yo también era culpable de esa muerte. Era yo quien había vuelto para perturbar su vida.

Rápidamente volví a reaccionar como lo había hecho cuando llegó a casa. Esta vez cogí la papelera del baño (con la camisa ensangrentada en su interior) y la metí en una bolsa de basura, al igual que todo lo que se había manchado. Le dije que saliera de la cama, se vistiera y se metiera en el coche. Salimos de la casa a una velocidad prudente y sin rumbo fijo. Tiraríamos la bolsa con todas las cosas manchadas de sangre en algún contenedor lejano.

Y así llegamos a aquel descampado desde el que se veían las gaviotas. Se posaban sobre las farolas, una en cada una, como si fueran pisos de protección oficial asignados cuidadosamente. Desde que habíamos salido de casa sólo había repetido aquella frase, *la he*

matado; y había mantenido esa mirada de shock postraumático en todo momento.

Pero a mi no me importaba. Ella (mi Soledad) se había ido. Por primera vez en mucho tiempo me sentía aliviada, feliz: él estaba conmigo de nuevo. Todo iba a ser distinto, todo iba a ser como siempre había soñado... Sí, porque, a la vez que conducía el coche rumbo a ninguna parte, mientras él confesaba su crimen una y otra vez, yo había ideado un plan. Nos iríamos juntos a aquél continente que nos separó una vez, y que ahora nos uniría. Nos protegería. Nos iríamos donde no nos conociera nadie, donde él pudiera olvidarlo todo y yo pudiera perdonarle...

Aunque, al fin y al cabo, yo ya le había perdonado.

¿Qué clase de persona perdona de esa manera a un asesino?

¿Quién puede amar a un asesino?

Yo era esa persona. No me planteé nada más.

De nuevo lo dejé todo: dejé mi familia, mis amigos, a todo y a todos menos a él, que esta vez me acompañaba. Afortunadamente, durante el tiempo que estuve trabajando en aquel país lejano había logrado reunir los suficientes contactos como para conseguir trabajo en un abrir y cerrar de ojos. Nos pudimos ir a los tres días con dos maletas de mano, una vida por delante y una muerte por detrás.

Aunque parezca casi mentira, el plan salió bien. Nunca tuvimos noticias de que la policía le estuviera siguiendo el rastro. Yo le había contado a mi familia lo mismo que les conté la primera vez que me fui (algo sobre oportunidades profesionales que no hay que dejar escapar) y él no había tenido que dar excesivas explicaciones: sus padres habían muerto hacía un par de años y no tenía mucha familia.

Y, por alguna razón que se me escapaba, nadie sospechó nunca que él era un asesino. La suerte nos sonreía. Él tardó un tiempo más o menos razonable en vencer esa distancia que se había instalado entre sus ojos y el mundo, de modo que a los tres meses de habernos trasladado ya vivíamos como si no hubiera pasado nada. La vida era bella. Nos levantábamos cada mañana muy temprano e íbamos a correr los dos juntos, cocinábamos en casa, veíamos películas sin parar y, en general, no habríamos cambiado nada de lo que teníamos. Ni siquiera nos planteábamos casarnos, ni tener hijos: de repente la vida se había simplificado de una manera bestial, y el halo de fugitivos que nos rodeaba, la certeza de que todo podría haber sido muchísimo peor, nos hacía disfrutar como niños de una existencia simple y rutinaria en la que el único problema al que nos enfrentábamos normalmente era si comer carne o pescado.

Pero no conté con otro factor.

Al principio, pensé que lo único que podía salir mal era que la policía comenzara a hacer preguntas. La ceguera del amor me impedía plantearme durante demasiado tiempo la verdadera razón de nuestra huida, el secreto que reinaba nuestras vidas, el hecho de que él era un asesino. Pero eso fue al principio. Cuando el tiempo te da una tregua, en este caso para escapar, las horas que sobran se acaban volviendo en tu contra. Y en esas horas yo sólo me dedicaba a pensar.

El otro factor que podía estropearlo todo era, simplemente, mi miedo.

Las pesadillas comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes. A pesar de mi amor por él, a pesar de que siempre lo tuve totalmente idealizado, no podía evitar que en mis sueños toda su dulzura se convirtiera en maldad. Sus manos se transformaban en garras que rodeaban mi cuello y apretaban sin piedad hasta dejarme sin aire y matarme. Yo solía despertar casi ahogada y entonces él, con infinito cariño, me acurrucaba con los mismos brazos que hacía

escasos instantes me habían asesinado.

El miedo se hizo incontrolable, incompatible con todo lo que le quería. Cada vez que pensaba en él en esos términos una oscuridad insondable inundaba mi alma: no podía soportar imaginar o soñar al amor de mi vida asesinándome. Sólo había un sentimiento peor que aquél, y era el que experimentaba cuando, en algún sueño que otro, conseguía defenderme y era yo quien lo mataba.

El tiempo, a pesar de todo y de las horas malditas, pasó, y una mañana, a los dos años de estar viviendo juntos, cuando el olvido comenzaba a hacer mella en su sentimiento de culpa, mis peores temores se hicieron realidad.

Insinuó que quería tener hijos.

Yo no quería tenerlos. No podía ser bueno traer a alguien al mundo con todo ese miedo en mi interior. Se lo dije, aunque obviamente no le di explicaciones. Le dije, simplemente, que prefería no tenerlos. Bueno, ¿y adoptar?, dijo. No, contesté. Él empezó a ponerse nervioso. No lo entendía. Claro, éramos relativamente jóvenes y nos queríamos. Yo le había perdonado y él lo había superado. ¿Qué más cosas podían importar? Se acercó a mí y me cogió del brazo. ¡Explícamelo!, me dijo. Me quedé paralizada. Por casualidad estábamos en la cocina, por casualidad había un cajón justo al lado de mi mano, y por casualidad ese cajón contenía un cuchillo muy bien afilado. En aquel momento pensé en el cuchillo. ¡Explícamelo!, gritó. Me cogió también del otro brazo. Yo no contestaba nada. Sus manos comenzaban a subir, ahora me tocaban los hombros. Mi mano derecha se independizó y abrió el cajón. Cogió el cuchillo y, en un movimiento muy rápido, la punta del otrora inocente utensilio de cocina estaba tocando la garganta del amor de mi vida.

Sus manos me soltaron. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su garganta casi herida dijo:

-¿Qué haces, cielo?

Otra vez esa palabra, cielo. Debería llamarme infierno. La última vez que me llamó cielo, fue para decirme algo horrible.

No fui capaz de contestar. Me dediqué a observar cómo se apartaba de mí, cómo decía *estás loca*, y cómo se iba de casa. Cómo se iba de mi vida.

Volví, sin corazón y sin canciones, a Málaga. Otra vez me era imposible estar allí, en aquel país extranjero, sola. Al menos mis peores pesadillas no se habían hecho realidad. Pero yo había intentado matarle. No sabía si en defensa propia o no, aunque eso ya no me importaba.

Cielo, cielo.

Al poco tiempo de volver, suena el teléfono. Es una mujer joven, llama desde un hospital.

-Sí, llamo por la esposa del señor Ramírez -está diciendo-. Acaba de salir del coma. No localizamos a su marido, y ella nos ha dicho que probablemente estaría con usted.

¿Cómo?

¿Acaso la rubia no estaba muerta?

Voy al hospital todo lo rápido que permite el motor de mi coche. Decido no hacerme demasiadas preguntas por el camino, porque sé que en ese caso me tendrán que ingresar a mí tras el accidente que sin duda sufriré.

-Pensaba que la esposa del señor Ramírez había fallecido -digo.

La doctora me mira desde lo que hay entre la compasión y el asco.

-Se equivoca, ha estado en coma durante dos años. Se cortó las venas y hasta ahora pensábamos que no despertaría. Quería ver a su marido, pero por lo visto desapareció después de traerla al hospital. Nos dijo que la llamásemos a usted. También nos dijo que usted era la causa de todo.

Comienzo a entender. Ahora lo entiendo. ¿Acaso él me dio detalles del supuesto asesinato? Por eso la policía no le buscaba... Todo ese miedo malgastado, debería habérmelo guardado para este momento. *La imagen del cuchillo hiriendo su garganta me persigue, se adhiere a mi alma, ya estará siempre conmigo...*

¿Quién puede amar a un asesino? Sin duda, otro asesino...

Pero él no es un asesino. Él es el único inocente. Y yo casi le clavo un cuchillo. No habrá redención. Me merezco todo lo que me ha pasado.

Me asomo a la habitación. Allí está ella, muy viva, muy delgada. Quizás ella es también un poco asesina, aunque sea de sí misma. Quizás debería entrar e intentar hacer algún bien. Pedirle perdón, o simplemente acompañarla. Pero, de algún modo, tiene que pasar algo que termine de convencerme. Alguna señal, no sé... Tengo que saber que realmente es ella y no otra, que la esposa del señor Ramírez sigue viva y que el amor de mi vida no es un asesino. Al fin y al cabo, es mejor así.

-¿Cómo se llama? -le pregunto a la doctora.

-Se llama Soledad.

Sí. Sin duda, es *ella*.

La llevaré a mi casa. Volveré a dormir en el sofá. Y estaremos siempre juntas. No me importa el lumbago.